

## EDITORIAL\*

Una década de formar profesionales en el campo educativo son dignos de celebrarse. Hoy nos hemos reunido con ese fin. Hemos hecho ya remembranza de la trayectoria recorrida en estos diez años de vida de la Licenciatura en Ciencias de la Educación. Hemos escuchado también los aportes realizados por nuestros egresados y recorrido los retos y necesidades educativas que los profesionales de la educación han de enfrentar en este cambio de milenio, que coincide además, con un cambio civilizatorio global.

Llama mi atención, al escuchar este recuento de logros y desafíos, la insistencia en el enfoque humanista que se ha querido sea la característica distintiva, el nervio y la savia, de la licenciatura, de nuestros alumnos, maestros y egresados, de su específico aporte y compromiso en la búsqueda de alternativas educativas que puedan contribuir a mejorar la vida de los sectores más pobres y excluidos de nuestra sociedad.

El que nuestros esfuerzos pretendan ser humanistas no es gratuito en una época en donde lo que cuenta es la ganancia por encima de la persona, los procesos del capital por encima de los procesos sociales. En realidad, nuestra tarea es contracultural. Lo es, porque lo que intentamos es formar profesionales que sean hombres y mujeres para otros; en el concreto de esta Licenciatura, formar profesionales “formadores de otros” y que se formen con los otros.

Como dice mi hermano Xabier Gorostiaga, el corazón del planteamiento educativo de Ignacio de Loyola fue la priorización de la formación del carácter y de valores humanos, para contar con un capital humano capaz de transformar el mundo. No sólo para llenar de puestos ya existentes dentro de él, sino para crear nuevas perspectivas e instituciones que transformen la realidad. Es el conocido magis ignaciano y su obsesión por superar la mediocridad, sobre todo en momentos de crisis profundas. Así, la primera característica clave de nuestro profesional no es su capacidad de “hacer algo para el otro”, ni de “dirigir al otro”, sino de “formar al otro para que se autodirija”.

En el ITESO sabemos entonces, que el elemento esencial de la formación radica en las personas, más que en las ideas. El ser humano capaz, no es el gran intelectual, sino el que sabe conocer de una manera integrada, convencida, no abstracta, innovadora y no atada a las reglas.

En efecto, dice Ortega y Gasset que la vida es una faena que se hace hacia delante. Por ello, las disciplinas educativas sólo son tales en la medida en que son visionarias, en que invierten el orden tradicional en el cual se parte del

---

\* Mensaje del rector del ITESO al cumplir diez años la licenciatura en Ciencias de la Educación, se publica en este espacio por la importancia de los conceptos ahí vertidos.

pasado, de lo ya hecho o logrado, se analiza el presente y después se avizora el futuro. La ciencia educativa procede a la inversa. Al hacerlo, apuesta por un futuro ciertamente incierto y plural, pero que se constituye como un desafío estimulante, y así, el sentido del educador es siempre la apuesta por un futuro mejor para los hombres, las mujeres y para la sociedad entera.

Porque nuestro humanismo estaría trunco si no lo calificamos como inhumanismo social, alejado de las corrientes más pragmáticas e individualistas del pensamiento educativo. Porque si bien queremos que la educación esté efectivamente centrada en el crecimiento de la persona, también pretendemos la humanización de las estructuras sociales, de las condiciones de vida de las mayorías, de la economía, del comercio, del trabajo y de la empresa.

Nuestra universidad y nuestras aulas no pueden ser espacios monopólicos y privilegiados del aprendizaje. Los escenarios tienen que ampliarse a los contextos comunitarios, familiares, laborales; a los diferentes ámbitos de la realidad social, a cuyas necesidades y cuestionamientos el conocimiento generado en las instituciones de educación superior debe responder e incorporar.

De esta manera, el humanismo que pretendemos es social y por ello mismo, popular y latinoamericano, referido a nuestra concreta realidad mayoritaria e histórica. La excelencia de nuestra universidad no está ni puede estar en igualar los estándares de especialización de las universidades de Harvard o de Oxford, a riesgo de generar elites por completo ajenas a nuestros propios intereses y tradiciones, como son las que han conducido a este país en los últimos tres lustros. La excelencia de nuestra universidad está en dominar nuestra propia realidad nacional, en formar una conciencia de transformación y en aportar eficazmente nuestros valores y pensamientos al proceso del cambio. Una universidad hoy, en México, no puede prescindir de la vocación regional o nacional propia, de la realidad de las inmensas mayorías que pueblan nuestro territorio; debe, por el contrario, estar en conocimiento de lo que nos ha tocado en suerte, en saber lo que se hace y debería hacerse.

Así, la búsqueda de la excelencia académica, de la calidad y la eficiencia, para que no se convierta en elitismo intelectual, tiene que ser el resultado de un proceso educativo que se realiza a través de la investigación integrada a la docencia, de la inserción social en la vida regional mediante el servicio social y la práctica profesional, de la reflexión teórica activada por la experimentación y la participación en los concretos procesos de transformación de la realidad.

Nuestro paradigma educativo por eso es dialógico, en permanente intercambio con la realidad siempre cambiante y como seres humanos, siempre en transformación.

El humanismo que ha querido guiar a nuestra Licenciatura en Ciencias de la Educación a lo largo de estos diez fructíferos años, es un humanismo social-popular, históricamente situado.

Quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer muy profundamente, a nombre de todo el ITESO, a todas y todos los que han sido directores y coordinadores de la carrera, a los maestros, a los investigadores y a quienes depositaron su confianza en nosotros para aprender juntos. A todos ustedes, mil gracias por sus valiosos aportes, por su colaboración, por su amor a esta universidad.

Por último, quiero comunicarles mi entusiasmo ante la cercana posibilidad de echar a andar en el ITESO una cátedra especial sobre ciencias de la

educación, que llevaría el nombre de un ilustre educador latinoamericano, cuyo pensamiento preclaro y comprometido nos hizo soñar en otros tiempos y que aún hoy nos convoca a la reflexión y al compromiso. Me refiero a la creación de la Cátedra Paulo Freire, orientada fundamentalmente a conjuntar a los grandes pedagogos latinoamericanos para que iluminen nuestra labor universitaria en esta región del occidente de México. Esta importante cátedra será conducida por otro importante educador y humanista de nuestra región, por el arquitecto y amigo Carlos Núñez Hurtado a quien desde este foro agradezco.

Educar es construir permanentemente. Los diez años de la Licenciatura en Ciencias de la Educación nos permiten continuar construyendo de cara al incierto futuro, con iniciativas como la que ahora les anuncio.

Así, construyendo juntos, es como podremos recibir al nuevo milenio con capacidad de transformación positiva y con creatividad.

Les agradezco que compartan conmigo este entusiasmo y también, la atención que me han brindado.

De nuevo, reciban mis más cordiales felicitaciones.

*Mtro. David Fernández Dávalos, S.J.*